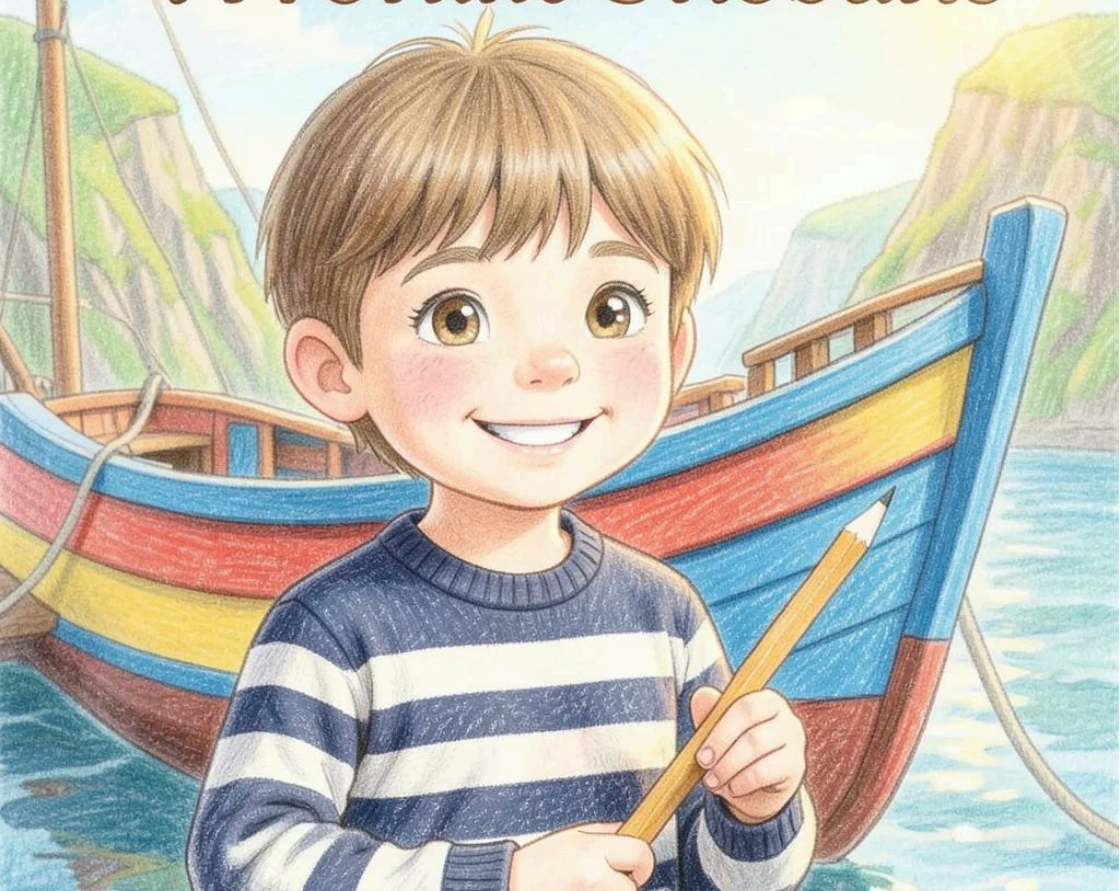


# I Fverhne Skebans



## Hugo y la barca de los mil colores

● Desde 6 años    ⌚ 10 minutos en voz alta



Un cuento de Luna Lunera

## La barca del abuelo



**E**n un pequeño pueblo pesquero de la costa cantábrica vivía Hugo con su abuela Carmen.

A Hugo le encantaba pasear por el puerto, mirando las barcas de colores con sus botas amarillas chapoteando

entre los charcos y su pequeño lápiz de carpintero detrás de la oreja.

Una tarde, mientras su abuela remendaba redes en la cocina, Hugo abrió el viejo cobertizo del patio.

La puerta chirrió.

Dentro había remos, boyas, cajas de anzuelos y redes cubiertas de polvo. Y, entre todo aquello, vio una barca de madera.

Era pequeña y bonita, aunque estaba vieja. Tenía la pintura levantada y una grieta en un costado. Un rayo de luz entraba por la ventana y le daba justo en la proa.

—¡Abuela! —gritó Hugo—. ¡Ven a ver esto!

La abuela Carmen apareció secándose las manos en el delantal. Al ver la barca, sonrió despacio.

—Ay, esta barquita... Era del abuelo Andrés.

—¿Del abuelo?

—Sí. La usaba cerca de la orilla, para revisar nasas y pescar cuando el mar estaba tranquilo. Hace muchos años que no toca el agua.

Hugo pasó la mano por la madera rugosa e imaginó a su abuelo remando entre gaviotas.

—La arreglaré —dijo de pronto.

—¿Tú solo?

—Sí. Te daré una sorpresa.

Aquella noche se sentó en el suelo del cobertizo con un cuaderno y dibujó su plan: «lijar», «darle la vuelta», «tapar grietas», «pintar bonito».



Miró la lista y asintió muy serio.

—Yo puedo hacerlo solo.

 Yo puedo solo



Al día siguiente empezó la reparación.

Primero quiso mover la barca para darle la vuelta. Empujó por un lado, luego por el otro, apoyó el hombro y resopló con todas sus fuerzas.

Pero la barca no se movió.

Al tercer intento, Hugo acabó sentado en el suelo, despeinado y rojo como un pimiento.

Después intentó lijarla. Frotó tanto y con tan poca maña que le salieron ampollas en las manos.

Entonces apareció Lía en la puerta del cobertizo, con sus coletas negras y su mochilita morada.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Estoy arreglando la barca del abuelo Andrés.

—Yo te ayudo.

Hugo negó enseguida.

—No. Es mi proyecto.

—Pero entre los dos iríamos más rápido.

—No hace falta. Yo puedo solo.

Lía miró sus manos llenas de polvo.

—Bueno... si cambias de idea, estoy en casa de mi padre.

Hugo siguió trabajando. Más tarde encontró varios botes de pintura y decidió mezclarlos para hacer un color «especial». Echó azul, rojo, amarillo y verde.

Removió.

Salió un color parduzco, como barro triste.

—Pues... no era exactamente esto —murmuró.

Aun así, dio unos brochazos torcidos. La barca parecía más cansada que antes.



Desde el muelle, don Tomás, un viejo pescador apoyado en su bastón, lo observaba a veces.

Un día se acercó.

—La madera no se tapa así, rapaz. Primero hay que limpiarla bien y después calafatear las juntas.

Hugo se irguió.

—Ya sé lo que hago.

Don Tomás soltó una risita.

—Como quieras. Pero hasta la mejor barca necesita tripulación.

Hugo fingió no escucharlo.

Pasaron varios días y la barca no mejoró. Tenía la pintura fea, la madera mal lijada y seguía sin poder darle la vuelta.

Aun así, Hugo apretaba los dientes.

—Yo puedo solo —repetía, aunque cada vez con menos fuerza.

## La tormenta y la lección



Una noche llegó una tormenta fuerte.

El viento silbaba entre las chimeneas, las contraventanas golpeaban y, de repente, la puerta del cobertizo se abrió de golpe.

La lluvia entró a chorros.

Empapó la barca.

Mojó la pintura mal dada.

Hinchó la madera.

A la mañana siguiente, Hugo corrió al cobertizo y se quedó quieto en la entrada.

La barca estaba peor que nunca.

La pintura parduzca se había escurrido en churretones. La madera olía a humedad. En el suelo había hojas y agua.

Hugo se sentó en un cubo puesto del revés y lloró.

La abuela Carmen entró sin hacer ruido y le rodeó los hombros con un brazo.

—Ay, mi niño...

—Quería arreglarla yo solo para darte una sorpresa — sollozó Hugo—, pero todo ha salido mal.

La abuela miró la barca mojada.

—Tu abuelo Andrés quería mucho esta barca. Y también quería mucho a sus amigos. Nunca salía a pescar solo.

Hugo levantó la cabeza.

—¿Nunca?

—Nunca. Decía que el mar se navega mejor en compañía. Uno mira el cielo, otro sujeta el timón, otro canta para que no entre el miedo.

Hugo se secó la cara con la manga.

—Pero pedir ayuda es como... no saber.

La abuela Carmen negó despacio.

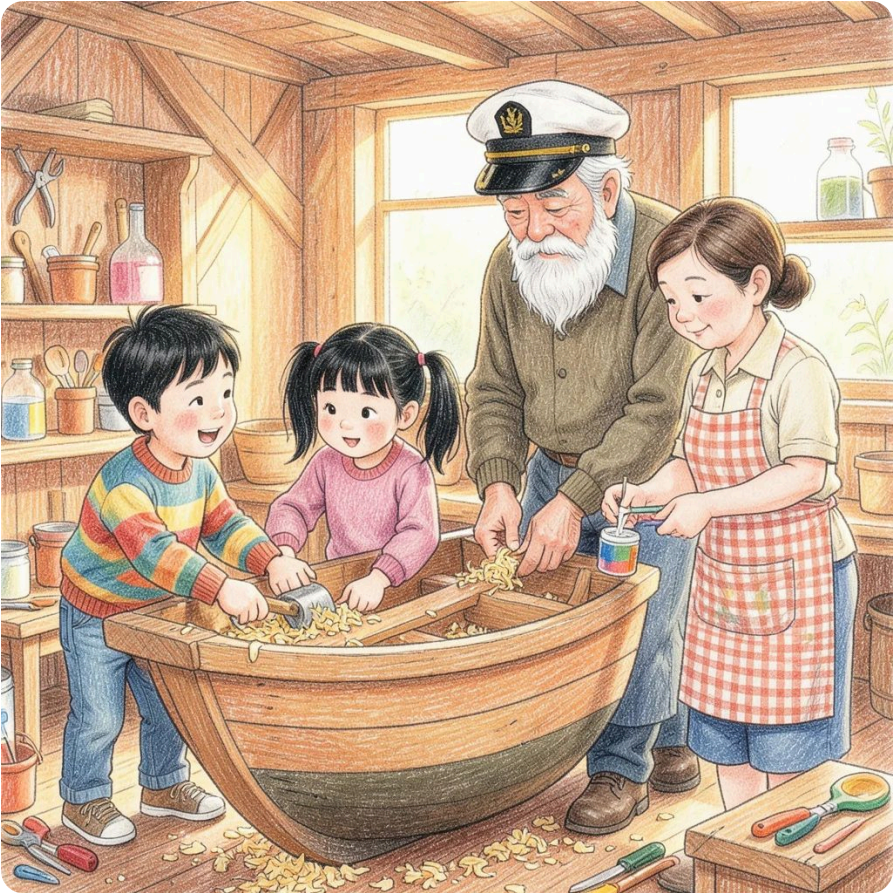
—No, Hugo. Pedir ayuda no es ser débil. Es ser valiente y listo. Hay cosas que una persona sola no puede hacer, y no pasa nada.



Hugo miró sus manos pequeñas, las ampollas y la barca torcida.

Y por primera vez dijo en voz baja:

—A lo mejor... sí necesito ayuda.



Aquella misma tarde, Hugo fue a buscar a Lía.

La encontró en la calle dando saltitos sobre una raya de baldosas.

—Lía —dijo, metiéndose las manos en los bolsillos—.  
¿Todavía quieres ayudarme?

Lía sonrió de inmediato.

—¡Claro que sí!

—Y... ¿podemos preguntarle también a don Tomás?

—Eso ya suena mejor —contestó ella.

Don Tomás aceptó encantado.

—Vaya, vaya. La barca ya tiene capitán sabio.

A la mañana siguiente se pusieron manos a la obra.

Lía trajo lijas nuevas y una cinta especial que su padre usaba para las barcas. Don Tomás enseñó a Hugo a limpiar bien la madera y a calafatear las juntas con paciencia.

—Ni muy deprisa ni muy fuerte —le decía—. La madera habla. Si la escuchas, te dice por dónde va.

Hugo lo intentó de nuevo, esta vez sin correr.

—¿Así?

—Así, muchacho. Mucho mejor.

Mientras trabajaban, don Tomás contaba historias del abuelo Andrés, y Lía se reía a carcajadas.

La abuela Carmen preparó la pintura sobre una mesa. Esta vez no mezclaron todo a lo loco.

Eligieron azul del mar, rojo del atardecer, amarillo del sol, verde de los acantilados y un poco de blanco, como la espuma de las olas.



Cuando empezaron a pintar, el cobertizo parecía una fiesta.  
Lía hacía líneas cuidadosas en la proa.

Hugo pintaba una franja azul con la lengua fuera de la concentración.

Don Tomás repasaba los bordes.

La abuela Carmen tarareaba una canción antigua del puerto.

—¡Está quedando preciosa! —dijo Lía.

Hugo se apartó un paso para mirar.

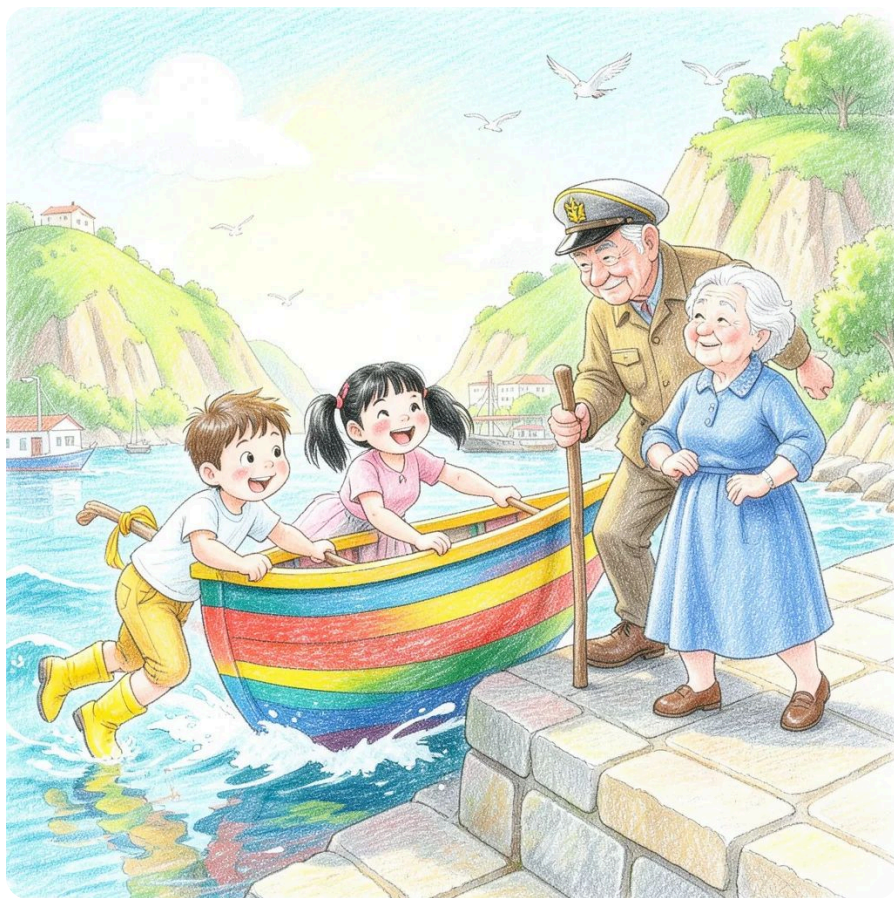
Y era verdad.

Mucho más bonita de lo que había imaginado.

No era solo suya.

Era de todos los que la estaban cuidando.

## ● La barca navega



El sábado amaneció soleado.

Entre los cuatro llevaron la barca hasta el puerto.

Hugo delante.

Lía empujando con todas sus fuerzas.

Don Tomás guiando despacio.

La abuela Carmen sujetando con decisión.

—¡A la una, a las dos y a las tres! —contó Hugo.

La barca bajó por la rampa de piedra.

Tocó el agua.

Y flotó.

La abuela Carmen se llevó una mano a la boca. Los ojos se le llenaron de brillo.

—Ay, Andrés... —susurró.

La barca mecía sus colores sobre el mar tranquilo. Hugo sacó su pequeño lápiz de carpintero, se agachó junto a la borda y escribió despacio sobre la madera:

«Andrés y sus amigos».

—¿Por qué has puesto eso? —preguntó Lía.

Hugo levantó la vista.

—Porque el abuelo no iba solo. Y porque esta barca tampoco la arreglé yo solo.

Don Tomás asintió satisfecho.

—Ahora sí has aprendido a navegar.

Subieron los cuatro a la barca. Don Tomás cogió los remos y la bahía los recibió en silencio, con las gaviotas girando sobre sus cabezas.

Hugo miró a su alrededor: a Lía con las coletas bailando al viento, a su abuela sonriendo al mar, a don Tomás remando con calma.

Y comprendió algo importante.

Hay cosas que una persona sola puede empezar.

Pero las más bonitas, las que de verdad flotan, suelen construirse mejor entre varios.



Desde aquel día, cuando Hugo no podía con algo, ya no decía «yo solo».

Respiraba hondo, levantaba la cabeza y preguntaba:

—¿Me echáis una mano?

Y casi siempre había alguien dispuesto a dársela.



*Pedir ayuda no nos hace más  
pequeños: hace más grandes las cosas  
hermosas que construimos juntos.*



**Fin**

*Dulces sueños.*



Más cuentos para leer en voz alta en

**[lunalunera.org](https://lunalunera.org)**



Este cuento en la web